mente a los principios directores de la escuela. Así aislados los maestros, no tardarían en rendirse, no sólo en lo que toca al entusiasmo profesional, que ya es mucho, sino también a su cultura, que los libros no bastan a mantener tan fresca y poderosa como convendría que fuese. Un nuevo drama estalla a menudo en el espíritu de esos hombres, y con frecuencia he sido observador o confidente de la desesperación de los mejor dotados moral e intelectualmente, así como de la derrota confesada por los menos enérgicos. Eso me ha llevado a pensar si el sistema conforme al cual (y no vacilo en decir que lo considero como el mejor de los que conozco, y que he tratado de aplicarlo en mi patria) los mejores maestros deberían trabajar en la parte rural del país y en los pueblos pequeños (con ascensos sin cambio de lugar, por de contado), puesto que es en esos sitios, y sobre la población que en ellos vive, donde es indispensable desarrollar un trabajo educativo más intenso y en donde el medio social exige una mayor acometividad, no lograría disminuir aquel peligro para muchos individuos, o tal vez lo suprimiera del todo. Naturalmente, una tarea de esa magnitud es opuesta, por sí misma, al confinamiento perpetuo de los mejor dotados en aquellos lugares, aunque sí impone su relevo, de tiempo en tiempo, por sus iguales en condiciones, para que la obra educativa se mantenga al nivel requerido y no disminuya la eficacia de la acción educativa.

En todo caso, y si no queremos disminuir muy sensiblemente la potencia espiritual de los maestros, es preciso que no los abandonemos a sí mismos. Es necesario, pues, no prolongar mu-

cho su aislamiento de los grandes centros espirituales del país y de la Universidad misma; así como refrescarles la inteligencia y la voluntad de tiempo en tiempo, renovando su contacto con los medios intelectuales y morales capaces de renovar sus depósitos de entusiasmo docente, de resistencia, de frescura de espíritu y, también, de producir el choque saludable de sus ideas y observaciones, con las de los demás compañeros y las de sus superiores científicamente. No nos contentemos, para esto, con los Congresos periódicos; los nacionales no pueden ser tan frecuentes, ni de duración bastante, para producir aquellos efectos, y a los internacionales no puede asistir más que un pequeño número. A esos recursos hay que añadir otros de los que ya se practican en muchos países, pero que positivamente sabemos que no bastan, y pensar en una organización general que alcance a la totalidad de los maestros. No está hecho todo con formar a éstos, lo mejor que sepamos, en la Universidad o en las Escuelas Normales; hay que procurar que el fruto alcanzado no se malogre pronto, convirtiéndose en ineficaces, a corto plazo (siempre será más corto de lo que convendría), los esfuerzos hechos para lograr un buen profesorado.

Sobre la base de él, de la universalidad de la enseñanza y de la selección de los alumnos para la continuación de su cultura, la verdadera obra docente que constituye la esencia de la función que se emplee en escuelas, colegios e institutos de segunda enseñanza, puede rendir el servicio capital que le está encomendado. Hablar de ella, no es ya materia comprensible en el presente estudio.

PROLOGO DE "MALA YERBA"

P o r J . M . G O N Z A L E Z D E M E N D O Z A

El siguiente estudio aparecerá como preliminar de la novela "MALA YERBA", del doctor Mariano Azuela, que está a punto de dar a la estampa la Casa de Andrés Botos. Se debe a la pluma del inteligente crítico mexicano J. M. González de Mendoza, quien influyó fundamentalmente para la traducción de esa misma obra al francés. Con la publicación de este libro, la Casa Botos inicia la edición de las obras completas del doctor Azuela.

SE ha dicho que en nuestra época puede haber buenos artistas mal conocidos, pero no "genios ignorados", concepto éste, propio de románticos

mediocres; tarde o temprano, el talento verdadero acaba por revelarse.

Tales axiomas adquieren el valor de lo real en el caso de Mariano Azuela. Pasada la cincuenta le sorprendió la notoriedad. Nunca la buscó, pues se limitaba a hacer cortísimas ediciones de sus novelas, cuyos ejemplares regalaba a sus amigos. Justamente apreciadas por quienes las conocían, tan pronto como llegaron hasta el público obtuvieron general aplauso.

Una polémica literaria en la prensa de México, a principios de 1925, movió la atención hacia *Los de abajo*, que Azuela había publicado en 1916 como folletín de un periódico fundado por compatriotas en El Paso, Texas, y reimpresso en 1920, en esta capital. Dos nuevas ediciones mexicanas y tres en España, amén de las publicaciones fraudulentas hechas en diversos países de habla española, consagraron la reputación del escritor, cuya obra maestra ha sido editada en inglés—en los Estados Unidos y en Inglaterra,—francés, alemán, portugués y checo; se ha publicado, además, en diarios o revistas, en ruso, japonés y servio. Azuela es hoy el más conocido, *urbi et orbi*, de los novelistas mexicanos. Tiene ya numerosos epígonos, y no es aventurado afirmar que el éxito de su libro estimuló la producción de relatos inspirados en la Revolución Mexicana.

De las dieciséis novelas que lleva publicadas, otras merecen repetir el éxito de *Los de abajo*. Esta es una de ellas. Fué impresa en 1909, en los talleres de *La Gaceta de Guadalajara*, y reeditada en México en 1924, en la Imprenta de Rosendo Terrazas. En inglés apareció en 1932 bajo el título de *Marcela* y el subtítulo de *A Mexican Love Story*; la versión, prologada por Waldo Frank, es de Miss Anita Brenner. Al francés la tradujo muy acertadamente Mlle. Mathilde Pomes, titulándola *Mauvaise graine*; se editó en 1933.

Mala Yerba es una novela del campo mexicano, en donde aviva la intensidad de las pasiones, propia del medio, el racial desdén al dolor y a la muerte. Es un drama de odio y de amor. Mejor dicho, de amoríos; en torno a la bella aldeana, apetitosa fruta silvestre, giran, amantes sucesivos, el degenerado vástago de una ruda familia de hacendados; el joven labriego, valiente hasta la temeridad, robusto y noblote, pero tan cándido que raya en tonto; inclusive cierto ingeniero norteamericano que así comienza su aclimatación. La moza nada tiene de pazguata; se sabe deseable y, rústica Celimena, hace de la coquetería su mejor arma. Es un *tipo* más bien que un *carácter*, como lo son, en general, los protagonistas de los primeros libros de Azuela, a quienes, quizá mejor que por sus nombres, podría denominarse por sus cualidades representativas. (Ciertas figuras episcópicas poseen particular relieve. En esta novela, el tosco don Anacleto, la rezandera y locuaz doña Poncianita, la triste Mariana, que vió agostarse su juventud en la inútil espera del amor honesto, tienen manifiesta personalidad). Tal generalización—en gran parte determinada por la misma sencillez de los actores, muy cercanos a la naturaleza—,

aunque los realza hasta volverlos, se diría, encarnación del grupo social a que pertenecen, los muestra obedientes sólo al impulso de su cualidad distintiva. Y en las escenas en que intervienen, más que la incierta lógica de la vida parece dominar, *deus ex machina*, la voluntad del autor.

Mas cualquier reparo a ese respecto sería superfluo. En las novelas de su primera época, Azuela—que después ha creado inolvidables caracteres como la protagonista de *La Malhora* o el José María de *La Luciérnaga*—deja que el lector deduzca de los actos de los personajes la psicología de éstos, y se limita a narrar hechos. ¡Y de cuán viva manera los narra! Con nervioso estilo que sazonan pintorescos modismos, a cien leguas de reglas y de trabas pero singularmente expresivo y lleno de color. En opinión general, Azuela es el novelista que más exactamente describe la vida mexicana de nuestro tiempo.

La obra entera del autor de *Los de abajo* podría llevar ese título. En la mayoría de sus novelas—como de esa ha dicho con acierto un crítico,—vemos “a los oprimidos por la miseria, por el vicio, por la ignorancia, por el crimen, por la falta de sentido moral o de roce con las gentes de las capas superiores”. En otras bosqueja el ambiente de la pequeña clase media. Y hasta cuando son ricos sus personajes, cual los hacendados de *Mala Yerba*, son “pueblo” por las costumbres. Mas, a pesar de la simpatía hacia los pobres que trascienden todos sus libros, Azuela no es de los que creen—menos aun de los que fingen creer—que aquella condición lleve aneja la posesión y ejercicio de todas las virtudes; pinta bellacos, malvados e imbéciles, como pinta seres bondadosos. Y con idéntica impasibilidad. Acaso ésta sea más aparente que real, porque es discreto en la expresión de sus entusiasmos y de sus indignaciones; el lector sólo advierte, a veces, una, dos líneas de fugaz comentario que descubren la inclinación o la antipatía del novelista hacia éste o el otro de sus personajes, y por tanto, la tendencia de su pensamiento. Pero Azuela no se desborda en sus libros y será necesario estudiar más tarde cuál es su filosofía, qué espíritu los norma, qué se propuso al escribirlos. Aquí basta señalar sus relevantes cualidades literarias, pues la sencillez de esta obra sólo autoriza este sencillo preliminar, escrito, principalmente, para los lectores no mexicanos.

La analogía temática de sus novelas refuerza la unidad que les da la posición social de los personajes. No pasan éstos de unas a otras, y apenas si es nexo de algunas Cieneguilla, ciudad imagi-

naria; pero varias llevan como subtítulo *Cuadros y Escenas de la Revolución Mexicana*. Azuela describe la ciudad, los pueblos y el campo durante las postrimerías del Gobierno del Gral. Porfirio Díaz, en *María Luisa* (1907), *Los Fracados* (1908), *Mala Yerba* (1909) y *Sin Amor* (1912). En *Andrés Pérez, maderista* (1911) y *Los Caciques* (1917), sirve de fondo a la acción la primera etapa revolucionaria, encabezada por don Francisco I. Madero. *Los de abajo* (1916) evoca el período más intenso de la lucha, los caóticos años de 1914 y 1915. En *Las Moscas* (1917), vemos a los parásitos del Presupuesto, en vano oxeados. *Domitilo quiere ser diputado, Cómo al fin lloró Juan Pablo* y *Las tribulaciones de una familia decente*, publicadas en 1918, muestran aspectos de la vida mexicana entre los trastornos de la guerra civil. Finalmente, *La Malhora* (1923), *El Desquite* (1925) y *La Luciérnaga* (1932), reflejan la subversión de los valores morales tradicionales, repercusión del gran sacudimiento social. Todas esas obras forman, pues, un conjunto, un vasto panorama de México durante un cuarto de siglo.

Fuera, aunque ligado a él por lazos ideológicos, hay que poner los dos últimos libros. En *Pedro Moreno, el Insurgente* (1935), revive la noble figura del héroe epónimo de Lagos de Moreno —ciudad natal del novelista—, inmortalizado por su gloriosa defensa del “Fuerte del Sombrero” durante la Guerra de Independencia. *Precursores* (1935) contiene las biografías noveladas de tres famosos forajidos del siglo XIX, que vislumbraron más o menos el anhelo de reivindicación del indio desposeído de sus tierras.

Cabe terminar esta rápida reseña bibliográfica mencionando la obra dramática que ha estrenado Azuela: *Del Llano Hnos., S. en C.*, tres actos sacados de *Los Caciques*.

En todos sus libros, la técnica, más depurada en los recientes, es la misma: un realismo escueto, cuyo vehículo es, de preferencia a la descripción, el diálogo. En *La Malhora*, *El Desquite* y *La Luciérnaga*, adopta una nueva “manera” y, sin demérito de la narración, ahonda la psicología de los personajes. Tal objetividad presta a la obra literaria de Azuela un tono peculiar. El novelista describe medios que, como médico militar revolucionario y, después, de menesterosos, ha conocido. Su pesimismo —que muy a menudo acude para expresarse a la ironía y al sarcasmo y que no le veda escribir páginas e in-

clusive relatos francamente humorísticos, como *Las Moscas*— es el de un hombre que ha contemplado de cerca la miseria moral y física de los hombres.

No quiere decir esto que haya calcado “trozos de vida”, siguiendo la receta del extinto naturalismo. Se ha supuesto que *Los de Abajo* tiene páginas vividas y que su protagonista, Demetrio Macías, es un retrato de Julián Medina, famoso guerrillero. Sin embargo, dice Azuela, en ese libro todo es imaginado. En cambio, agrega, *Mala Yerba*, que se creyera novelesca desde el principio al fin, es la transposición literaria de un suceso real. Pero este caso es único en su obra.

La *Mala Yerba* del título es una familia de hacendados, arraigada en México desde las postrimerías del virreinato. Importa poco el abolen-go: el novelista presenta, genéricamente, criollos opresores, sin otra ley que la satisfacción de sus apetitos, fáciles sultanes de bellezas indígenas, tiranos de peones y, en la generación más reciente, faltos ya de los bríos de sus antepasados, que fueron “hombres de pelo en pecho”. Al temor y el odio se mezcla en los oprimidos la ingenua admiración hacia el amo, buen jinete, hábil lazador, hombre de éxito, dominador de caballos y de hembras. *Mala Yerba*, por ser la pintura del estado de cosas que dió motivo a la Revolución, constituye un apropiado prólogo a la lectura de *Los de Abajo*. En menor grado lo son también *Sin Amor* y *Los Caciques*, con la diferencia de intensidad determinada por el hecho de que la tiranía de *los de arriba* —tema de ambas novelas— se hacía sentir menos en las poblaciones que en el campo, y fueron los campesinos, por tanto, los principales actores del gran drama. Aquellos infelices vivieron aletargados en la servidumbre y la ignorancia. Y su despertar —descrito en *Los de Abajo*— fue terrible, pues no encadenados por la educación los instintos propios del hombre primitivo, la libertad sin disciplina en que de pronto se encontraron, fue, en no pocas ocasiones, la de Caliban.

Guarda valor *Mala Yerba* de documento sobre una época y, ajena a modas y a “ismos”, no ha envejecido como obra de arte. Dos traducciones atestiguan que, a más de ser gustada en México y en los demás países de lengua castellana, es capaz de interesar a públicos menos afines con nosotros, de idioma y de espíritu diferentes, al lector cosmopolita; junta la calidad humana al color vernáculo.

Opiniones más autorizadas que la propia sobre la labor literaria de Azuela, terminarán estas páginas de manera oportuna. El ilustre escritor Valery Larbaud, en su excelente prólogo a la traducción francesa de *Los de Abajo*, no titubea en recordar, como referencia en cuanto a estilo,

el alto nombre de Tácito. Y el perspicaz crítico francés Marcel Brion, a propósito de la agonía y muerte de José María en *La Luciérnaga*, menciona a Dostoyewski. Citas suficientes para demostrar que en Mariano Azuela tienen las letras mexicanas un novelista de talla mundial.

EL ESTADO DE MICHOACAN

P o r S A L V A D O R P I N E D A

Plática sustentada a través de la X E X X Radio Universidad Nacional, en la hora dedicada a Michoacán, el 8 de agosto último.

LA geografía de Michoacán es propicia para la vida errante, debido a la insinuante invitación de sus panoramas para seguir sus caminos largos que no terminan nunca y llevan a todas partes. De ahí, que en consecuencia con el maravilloso relieve de su suelo, abundan los tipos pintorescos con una marcada tendencia de exploradores de rumbos y de eternos caminantes. Atributos innatos que hacen de cada hombre un típico aventurero que vive siempre en los caminos porque su ánimo en marcha le empuja constantemente a la azarosa búsqueda de horizontes nuevos. A través de las brillantes páginas de Vicente Riva Palacio y de Eduardo Ruiz, cuyos libros merecen ser considerados como la *Iliada* y la *Odisea* de Michoacán por los relatos bélicos y costumbristas que contienen, podemos todavía sentir, identificados con la suerte de los reales personajes que en tendencioso caminar se transportan de región a región, las tonalidades vibrantes del paisaje y la sensualidad brutal de la abundante naturaleza tropical.

Hemos de encontrar también, a través de nuestra Historia, célebres caudillos que se refugian en su suelo para adquirir fama de invencibles, valiéndose de la natural defensa que proporcionan los intrincados rincones de las tierras michoacanas que detienen a los que desconocen sus rutas. Así, podríamos citar a los generales Pueblita, Arteaga y Salazar, intrépidos combatientes de la Guerra de Intervención que se hicieron temibles entre los belgas por su audacia y su admirable habilidad para moverse con ventaja en el terreno accidentado. Y para no citar sino dos ejemplos de los últimos períodos revolucionarios, podríamos hablar del general Gertrudis Sánchez; famoso en

toda la región por su destreza en el oficio recio de encumbrar cerros y atravesar llanuras; y el bandolero Inés García, que vale la pena de recordarse por ser la expresión perfecta del salteador de caminos, sin ideales ni bandera, que sólo se convierte en cabecilla por el placer de sentirse dueño de los mejores caballos y llamarse el azote de planes y alturas.

Pero el más importante de todos por sus hechos de guerrillero de primera categoría, es Nicolás Romero, el león de la montaña como le llamaron los franceses, tipo clásico del mestizo sin más limitación que su conducta de corredor de montes y sin más ley que su libre condición de jinete que a galope tendido atraviesa llanos y lomas para poner a prueba la velocidad de su brazo y de su caballo.

Cuando México parecía asumir una actitud de doliente resignación ante los invasores extranjeros, los caudillos de la guerra nacional se mantenían en pie en las regiones de Michoacán, dispuestos a empuñar el pabellón de la libertad y caer si era preciso, según la frase de Riva Palacio, con la postura noble de un gladiador romano y con la dignidad de una estatua griega, pero siempre con la canción en los labios y el supremo recurso de decir, interpretando la voz de México, como aquel semidios de Homero: "Me salvaré a pesar de los dioses".

LA TRADICION UNIVERSITARIA DE MICHOACAN

Pero además de este carácter aventurero que campea en los espíritus regionales, los centros de cultura han tenido un poderoso arraigo en la conciencia de sus pueblos. El pasado de la Universidad Michoacana es de siglos; tiene sus orígenes en el seno de la Conquista y en la sensibili-